

MEMORIA HISTÓRICA: DUELO, RECUERDO Y TRANSMISIÓN TRANSGENERACIONAL¹

Regina Bayo-Borràs
Psicóloga Clínica-Psicoanalista
Avda. Diagonal, 538, 6º 1ª
Barcelona 08006
Tels. 934 146 518
reginabayo@gmail.com

Resumen

El trabajo por la recuperación de la memoria histórica en nuestro país no es tarea fácil. ¿Quién quiere saber de un pasado familiar y social en el que predominaba el enfrentamiento, el miedo, el hambre y la desesperanza? Las barreras para conocerlo se instauraron de manera eficaz durante el franquismo, porque nunca se pudo hablar con libertad de lo sucedido; sin embargo, *lo sucedido* se fue transmitiendo a las generaciones siguientes.

En el presente artículo se recoge el material de testimonios de primera y segunda generación, en el que manifiestan algo de lo vivido durante la guerra y la posguerra en Catalunya. Es como una gota en un océano, pero, como dice el refrán, “*para muestra, bien vale un botón*”.

“Los pueblos tienen una memoria que es necesario rescatar. La supresión del recuerdo, la desinformación, el olvido, son enemigos tanto de la salud mental individual como de la colectiva”. Cecilia Moise (1998)

“...es va impedir viure el dol per tot allò que s’havia perdut. Tot s’havia de negar: els morts, el sofriment de les presons i de l’exili, tantes possibilitats perdudes.” P. Folch Mateu (2006)

A través del análisis de más de 40 entrevistas, realizadas por una cadena de televisión, a hombres y mujeres que vivieron el inicio de la guerra en Barcelona, hemos recogido los variados recuerdos y experiencias que sufrieron aquellos años. Son testimonios de primera generación, es decir, que en 1936 eran niños o jóvenes adolescentes. En sus relatos queda siempre muy claro el sentimiento de *“desgavell”*: desorden, confusión, inseguridad.

Ante los primeros bombardeos se dieron reacciones muy dispares: algunos de los testimonios los recibieron con sorpresa: *“no ho entenc, el cel está estrellat i está tronant”*. Era el sonido de las bombas, pero su incredulidad les hizo creer, en el momento inicial, que eran fenómenos de la naturaleza. Una expresión muy frecuente era: *“Va ser una sotragada”*, porque hasta aquél instante no se habían dado cuenta de que aquello era una guerra de verdad. Hasta el mismo momento del bombardeo de Barcelona, en algunas personas había una intensa negación de la gravedad del acontecimiento.

Otros en cambio aceptaron la dura realidad *“Ya se veía venir, desde el asesinato de Calvo Sotelo. Mucha gente estaba informada casi de la hora precisa del golpe”*.

A partir de aquí es necesario hacer una clara distinción entre las vivencias de quienes eran niños en aquellos años, de quienes eran adultos.

1.- Recuerdos infantiles:

Los testimonios que eran hijos de familias estructuradas, con un claro sentimiento identitario de pertenecer a un barrio y a un estamento social determinado, coinciden en afirmar que no sufrieron lo mismo que sus padres, porque éstos les permitieron, en la medida de lo posible, seguir con su vida infantil; por ejemplo, comentaron que se dedicaban a jugar mucho en la calle, y que no se daban cuenta del peligro real. Aquí podemos pensar que hubo una necesaria sobreadaptación al medio. *“Lo que me decía mi madre, me lo aguantaba y basta. Te lo quedabas dentro”*. *“Mi padre escribía desde el frente que estaba bien para que no nos preocupáramos”*. *“Los niños, mientras comíamos y jugábamos, no sufríamos”*. Pero ahora, décadas después, se dan cuenta de lo mucho que sus padres debieron sufrir. *“A partir de los 10 años entiendes mejor las cosas, y a partir de entonces dejé de jugar”*. Con todo, el sentir general es que veían a sus padres muy tristes.

Estos recuerdos infantiles, para casi todos, se han convertido en *“recuerdos que no se pueden olvidar”*.

Los juegos eran diferentes en niños y niñas, pero predominaban los que se referían a la guerra: hacían guerras en la calle, de bandas, eran escenas de *“ejército en miniatura”*. Estos juegos son un claro ejemplo de que, a través de la actividad lúdica y de la repetición de lo vivido, los niños realizaban un intenso trabajo psíquico, intento de elaboración de las ansiedades que suscitaba la situación bélica.

Pero también se entretenían jugando a fútbol, a construcciones, etc. Un testimonio decía: *“Recordo que l’única diversió que tenia era jugar a pilota al carrer, però la família no volia que jugués per qüestions de precarietat, perquè trencava espartenyas i s’embrutava la roba i el sabó anava escàs. Però vaig aconseguir que em compresin unes botes als Encants.”* También recuerda que jugaban con pelotas hechas de papel, envueltas en trapos. Esta vertiente creativa ante la precariedad es una constante en los relatos de las entrevistas.

Las niñas, en general, pronto dejaron de ir a la escuela para *“ayudar en casa”*, pero otro tanto sucedió con los varones, que a los diez años hacían de aprendices o ayudantes en la familia o en el barrio. Todo esto *“se pasaba”* porque, en su gran mayoría, se sentían unos niños muy queridos, y *“eso siempre llena mucho”*. Destacan, también, la diferencia entre ser el/la mayor de los hijos, porque eso implicaba tener muchas preocupaciones, tanto por tener que cuidar de los hermanos más pequeños, como para ayudar a la madre; en cambio, los hijos menores reconocían haber tenido una mayor posibilidad de jugar y distraerse.

2.- Recuerdos según el impacto sensorial

La mayor parte de los testimonios reviven durante la entrevista el impacto emocional del que dicen que, en el momento del suceso, produjo una huella *“inolvidable”*:

Podemos destacar algunos de los más significativos:

- *Sensaciones auditivas*: el sonido de sirenas, explosiones, disparos, derrumbes; también gritos, llantos, y algún himno o canto. Sobre todo el ruido de los bombardeos: *“Aquell soroll no el podré oblidar mai, encara el sento ara”*. Podemos comprobar cómo la memoria no tiene un tiempo cronológico pasado, sino que siempre puede estar presente. *“Aquell soroll era una barbaritat, pensaves que les bombes et queien al cap”*. *“L’espetic de la bomba feia por, però el xiulet encara en feia més, quan senties el xiulet t’entrava una angoixa tremenda (angustia señal del peligro que se avecina) fins sentir que la bomba esclatava en algun altre lloc”*. *“Senties una sirena i era un esglai”*. *“Els animals, gossos i galls, avisaven abans que les sirenes”*. Aún así, estos avisos les desconcertaban, les hacían estar en tensión todo el día, pues no sabían bien si eran para entrar o para salir del refugio.
- *Cinestésicas*: *“Cuando caían las bombas, las paredes se movían... mis hermanos y yo aguantábamos las paredes para que no se cayeran”*. La omnipotencia infantil ante el temblor, y el miedo al derrumbe. *“El aire de una bomba me hizo volar, como si tuviera alas. Me tiró escaleras abajo con el niño en brazos. Todavía ahora, cuando oigo sirenas, me entra un escalofrío y temblor en el cuerpo”*.
- *Olfativas*: La vida en los refugios quedaba impregnada de olores: olor a humedad, al sudor humano de la angustia, y olor de la miseria (muerte, podredumbre, suciedad, incendio, humedad, humo, etc.). Fuera de los refugios, continuaba la envoltura olorosa, porque buscaban comida en los basureros.
- *Epidérmicas*: Mencionan, por ejemplo, lo relacionado con las heridas, contusiones, impacto de objetos, la angustia del pelo frío, ensangrentado, enganchado en la cara, la aspereza de los tejidos, el frío en invierno, los sabañones, piojos, sarna, y otras afecciones de la piel.
- *Visuales*: Aquí queda grabada la imagen de un acontecimiento concreto, por ejemplo: toda la ciudad a oscuras tras un bombardeo, el horror del ver cuerpos despedazados, los impacto de bala en la pared, la fatiga y desolación en los rostros de los que emprendieron el exilio, etc.
- *Orgánicas*: La principal y recurrente es la potente y dolorosa sensación de hambre *“que no se puede explicar”*; también, el dolor físico por padecer heridas, amputaciones, enfermedades, etc.
- *Dolor psíquico*, suele expresarse en términos de *“desesperación”*, pero suele haber la coincidencia de que *“era tanto (el dolor y la pena) que no se tenían palabras para explicarlo.”*

3.- Otras manifestaciones psíquicas y psicósomáticas:

Sobre el intenso impacto emocional, por ejemplo, un testimonio comenta que le sangró la nariz mientras esperaba noticias de su padre.

También sobre la *angustia de la espera* del estallido de la bomba, de la ansiedad por la comida, la incertidumbre angustiosa por no saber el paradero del ser querido, y, finalmente, la angustia aterrada por la victoria del fascismo.

La sensación de impotencia: “*Erem com mesells*”, “*no nos dábamos cuenta de la gravedad*”. “*Era demasiado fuerte para llorar*”. “*Nos poníamos todos juntos en la cama, y si caía una bomba, que nos matara a los cuatro*”.

El miedo: a los refugios, a quedar allí enterrados, a que se tapara la boca de entrada y quedar atrapados, “*Aquello era como una tumba*”, miedo al derrumbe del refugio. Otros, en cambio, dentro se sentían protegidos y acompañados. Hacían allí su vida. Se da un contraste entre angustia claustrofóbica o agorafóbica. “*Cuando salíamos, el mundo había cambiado*”. “*Eran como “vivencias de fin del mundo, de destrucción masiva”*”.

El ataque de pánico: al quedar encerrados sin poder salir del coche tras una explosión, o el intenso miedo a las noches de luna llena, porque bombardeaban más. En algunas ocasiones, el pánico ha bloqueado la posibilidad de recordar: “*Hay cosas que no entiendo por qué no las recuerdo*”. “*No hablaban, y no sé por qué, no lo recuerdo, ni dónde dormíamos*”. Muchos testimonios creen, sin embargo, que su olvido es debido a que no eran demasiado “conscientes” de los peligros.

Además de los diferentes tipos de recuerdos y de las reacciones psíquicas y somáticas, los testimonios se refieren a determinadas enfermedades durante aquellos años, relacionadas con el miedo, el hambre y la precariedad general: En niños y adultos, la sarna, piojos, chinches, tifus, tuberculosis, sabañones, anemia, son las que mencionan con mayor frecuencia.

No siempre el recuerdo puede precisarse. A veces falla la memoria, o el recuerdo de entonces apunta a la negación de los peligros reales, así como de la angustia de sus familiares. Entonces suele aparecer la expresión: “*Yo entonces era muy pequeño*”. Pensamos que, tal vez, sea una forma de decirnos que su aparato psíquico no estaba preparado para soportar la visión de tales atrocidades.

4.- Sobre las formas elaborativas del trauma social

Varios comentarios de los testimonios, sobre todo de la segunda generación, apuntan a una toma de conciencia posterior: “*A medida que pasa el tiempo, aquellos recuerdos se han ido haciendo más vivos, porque en aquel entonces le daba una importancia relativa a muchas de las cosas que vivía.*” “*Entonces los niños teníamos la inconsciencia del peligro, era una aventura encontrarse todos juntos en el refugio*”.

Los procesos de elaboración psíquica de la situación de catástrofe social tuvieron diferentes manifestaciones en los niños: como hemos mencionado, a través de la actividad lúdica, juegos en la calle del barrio con los vecinos; también, los que continuaron yendo a la escuela republicana, escribiendo lo que recordaban o habían vivido en la guerra, con lo que se favorecía un proceso de significación y

resignificación, de recuerdos más o menos dispersos e inconexos, en un relato más coherente e integrador.

Los niños que entonces ya habían sufrido alguna pérdida familiar, huérfanos de padre o madre, recuerdan el horror de “otra manera” quizá más dramática. Al duelo personal se le sumó el drama de la guerra. Vemos en sus relatos una fuerte intensidad emocional, que apunta a dificultades en la elaboración del dolor psíquico. También podemos pensar que el entorno más cercano no parece haberles protegido de la crudeza de las experiencias vividas o contadas. En ellos, los recuerdos aparecen menos encubiertos.

Otro elemento que se convirtió en una gran carga emocional para los niños fue el “deber de guardar secretos”, de no hablar de lo que se comentaba en el seno de la familia, de mantener en silencio acontecimientos muy dolorosos para los suyos (pérdida, muerte, encarcelamiento, fusilamiento, persecución, desaparición, ocultamiento de personas en su casa, etc.), que a la vez eran extremadamente angustiantes y les hacían correr un gran peligro. “*Nos decían que no dijéramos nada de lo que habíamos visto u oído en casa*”. Esta situación de ocultamiento para proteger a los mayores constituía una enorme sobreexigencia para ellos, pues tenían que discriminar y enjuiciar sus propias acciones, no fuera caso de provocar la muerte de sus personas queridas. Estos niños habían de asumir el compromiso y la responsabilidad de que su comportamiento fuera de la familia era de vital importancia para la seguridad de todos ellos. El mandato recibido por sus padres era, sin embargo, difícil de sostener: “*Hay que guardar secretos, pero decir siempre la verdad*”.

Junto a esta exigencia, se contemplaba también una posición ética, que no pasaba desapercibida para los niños: Sus padres ayudaban a personas de alineamientos políticos y religiosos muy diferentes a los suyos. Incluso corrían grandes riesgos para salvar a personas de un credo distinto, porque lo que ellos valoraban y consideraban de mayor importancia era el “buen hacer” de esas personas, tanto si eran de izquierdas como de derechas.

También se observan intensos sentimientos de culpabilidad durante su infancia, a causa de las penurias, la escasez de alimentos y los enormes peligros que padecía la familia. Otros dicen que aún lloran al recordar cuando veían la cara angustiada de la madre, aunque ella negara su sufrimiento.

Los adolescentes

Los testimonios de la primera generación eran adolescentes y jóvenes durante el inicio de la guerra. Su implicación personal, como adolescentes, varía según las modalidades defensivas empleadas. En algunos casos reconocen un bloqueo emocional, que les hace estar distantes y fríos ante escenas “*esgarrifosas*”; en otros casos, reconocen una percepción infantil e ingenua de la guerra, más próxima al juego que a la realidad. Son importantes e intensos los mecanismos defensivos como la negación de la penuria, de la destrucción real a causa de la guerra, del constante peligro. En todo caso, podemos pensar que utilizaron los mecanismos imprescindibles para sobrevivir física y psíquicamente.

En la revisión hecha a posteriori aparecen comentarios que revelan cómo el dolor de la pérdida fue un boquete enorme en sus vidas: “*Perdimos lo mejor de la vida, la juventud.*”

La pasamos sufriendo hambre y miedo”. Podemos destacar un intenso sentimiento de pérdida, tanto de la juventud como de la posibilidad de construir proyectos de futuro, de los ideales, de la libertad conocida hasta entonces, de la posibilidad de pensar, de opinar, y de desarrollar sus capacidades más creativas.

Contrasta con estas vivencias el sentimiento idealista, la ilusión que bordea la ingenuidad o la negación: la gente aplaudía cuando alguien salía con una metralleta, estaban entusiasmados, pensaban incluso que habían ganado la guerra. Iban al frente tal cual estaban, sin ropa ni equipamiento, por lo que algunos murieron de frío. *“Entonces teníamos cierta inconsciencia de la verdadera realidad”*.

Finalmente, es importante destacar la gran solidaridad que se dio entre los vecinos de los barrios de Barcelona. La mayoría de los testimonios lo mencionan con enorme gratitud, lo consideran un valor muy apreciable de entonces, más que de nuestro tiempo presente. Recuerdan cómo en las situaciones críticas, de peligro o de hambre y enfermedad, afloraron actitudes positivas y solidarias inolvidables. Alguno lo considera como reacción a lo negativo y terrible de la experiencia vital que estaban viviendo.

A modo de resumen, creemos que se pueden establecer algunas *diferencias* respecto a las características de los testimonios, y podemos destacar algunas de ellas:

- Entre niños y adolescentes, brusca interrupción de la infancia para asumir responsabilidades (trabajo, tareas familiares).
- Entre los que pueden jugar y los que no (hermanos mayores con hermanos a su cargo)
- Entre las mujeres casadas y las solteras. Las primeras habían interrumpido bruscamente un proyecto de vida, y entraron en la espera interminable del ser amado, mientras que las segundas se encontraron con muchas más dificultades para proyectar una vida familiar, pues los hombres estaban o en la guerra, o desaparecidos, o exiliados, etc.
- Entre las que eran madres recientemente, y las que tenían que ocuparse de sus hijos y los de las demás.
- Entre quienes la guerra les arrebató a los padres y seres queridos, o los que ya eran huérfanos antes del inicio de la contienda.
- Entre los que tenían una familia amplia y bien estructurada, adaptados al barrio, y aquellos que se encontraron repentinamente solos y desprotegidos, por muerte, exilio, represión de sus familiares.
- Entre aquellos que contaban con unos ideales y filiación política, y aquellos que se sentían “neutrales” o sin compromiso político.
- Entre los que pudieron utilizar su experiencia vivida para una obra de creación o de solidaridad, y los que dispusieron de toda su energía para apenas sobrevivir.
- Entre los que creyeron que habían tenido mucha suerte a pesar de las desgracias, y los que consideraron que les habían arrebatado lo mejor de la vida.
- Entre los que vivieron la guerra como una sorpresa y los que ya lo veían venir.
- Entre los hombres que fueron a la guerra y se confrontaron con los horrores, y los que vivieron escondidos, llenos de miedo de ser encontrados.
- Entre los que mantuvieron una posición ética con los demás, ayudando incluso a quienes no compartían su misma posición política, y los que transgredieron toda norma de convivencia, y abusaron de su poder sobre los demás. Todos, sin embargo, se quejan de las atrocidades cometidas.

- Entre los que enfermaron por privaciones y carencias, y los que se enriquecieron a costa de los demás.
- Entre los que volvieron a recomponer sus familias y los que no pudieron, por los profundos cambios sufridos en las personas que dejaron en su momento: hijos, esposa, padres.
- Entre los que pudieron seguir elaborando el trauma a través de sueños de repetición, angustiosos, y los que el dolor emocional se ha convertido en dolencia física.
- Entre los que no han hablado en 40 años, y quedan “aturdidos y mareados” por hacerlo, y los que han podido explicar a sus hijos acontecimientos de su vida durante la guerra.
- Pero en todos predomina la idea de que es importante no olvidar a pesar de que recordar sea difícil, doloroso y angustiante.

Por tanto, si nuestro propósito es combatir la desinformación, el olvido y la tergiversación que durante varias décadas se han ido instalado en la dinámica social de nuestro país, nos ha parecido imprescindible rescatar el testimonio de quienes entonces estuvieron allí.

Al leer o escuchar sus testimonios hemos puesto el foco en lo que de subjetivo tiene el relato, para acercarnos más a su realidad psíquica que a la realidad de los acontecimientos históricos; para entender mejor su historia personal que los acontecimientos sociales. Queríamos recoger y analizar su percepción de lo vivido, y los surcos que ha dejado en su psiquismo; los efectos que se han producido en la vida posterior, y cómo los afectos engarzados en la memoria, a través de los recuerdos, han dejado huellas, a veces nítidas, otras borrosas, pero que, en definitiva, alumbran el pasado de cada uno. Entre los fragmentos de lo vivido durante aquellos años, los testimonios destacan acontecimientos inolvidables por el impacto emocional que produjeron.

En el presente estudio hemos podido destacar *diferentes aspectos de memoria*. Hay quienes expresan su relato dando cuenta de las *imágenes* que les quedaron grabadas, imágenes en las que predominan escenas de horror y crueldad. Otras personas aluden, en cambio, más explícitamente a las *sensaciones corporales*, como el hedor de los refugios o el sonido de las sirenas, que han quedado registradas en su memoria sensorial. Un buen ejemplo es el comentario de una testimonio que, después de una violenta explosión, había huido corriendo por las calles sin rumbo fijo; el recuerdo se refería a la sensación húmeda de un mechón de cabello ensangrentado, que luego nunca más le permitiría sentir el pelo mojado sin convocar aquella angustiante escena.

Estos aspectos de la memoria sensorial o de imágenes impactantes suelen haber quedado intensamente fijados, y pueden hablar de ellos con bastante claridad. En cambio, otros recuerdos referidos a sentimientos de miedo, dolor o pena, se reactivan – irremediabilmente – en cuanto los testimonios comienzan a hablar de sus experiencias. Son *recuerdos latentes*, esperando alguna vía asociativa para emerger con enorme virulencia: el miedo a los refugios que luego ha sido miedo a los espacios cerrados, el dolor del hambre “*que no es pot explicar, s’ha de viure*”, la rabia e impotencia por la humillación o la injusticia, que remueve las entrañas en situaciones parecidas.

Es memoria histórica “en bruto”, plagada de afectos, muchos de los cuales quedaron innombrados, no dichos, en un silencio mortífero para el sujeto, por las repercusiones nocivas que después tuvieron en su vida emocional. Y, sin embargo, fueron transmitidos. Personas de la siguiente generación sabemos que algunas actitudes o algunas palabras duelen o afectan más que otras, aunque no las reconozcamos como propiamente nuestras. Descubrimos de dónde vienen cuando, años más tarde, hablamos o leemos lo que ocurrió a nuestros familiares, y aquello, en apariencia tan ajeno, encuentra su raigambre histórica. Así van quedando, también, en nuestra memoria no consciente esas sirenas, esos olores, esas imágenes angustiosas, o intensos sentimientos de vulnerabilidad y desamparo, como los que surgen, por ejemplo, en los sueños y en las pesadillas. Porque ya sabemos que soñar es otra manera de recordar, de recuperar aquello que fue vivido pero no fue olvidado, al ser percibido sin que llegara a nuestra conciencia. Igual pasa con el dolor psíquico.

Pero, ¿cómo se dio curso a los duelos? ¿Por qué el dolor, en algunos casos, quedó encapsulado? ¿Cuántas pérdidas se acumularon?

Estas preguntas nos parecen imprescindibles para no colaborar en el síndrome general del que habla R. Jacoby (1977), cuando dice que *“la sociedad ha perdido la memoria, y con ella, el pensamiento. La incapacidad para pensar en el pasado, o la negativa a hacerlo, acarrea la incapacidad para pensar”*.

5.- Duelos no cerrados

“Numerosos especialistas empiezan a trabajar los efectos del duelo no cerrado en España, tanto a nivel personal como colectivo”. M. Armengou (2006).

¿Por qué hablamos de duelos no cerrados?

Segimon Obradors (2006) comenta: *“Aquest explicar-ho es l’únic consol que em queda a la meua edat per intentar que els joves d’avui puguin estar ben informats i no siguin víctimes de la indiferència i de la ignorància”*.

Efectivamente, a través de la inducción por parte de todas las instituciones del Estado Franquista a olvidar lo sufrido por cientos de miles de personas, a silenciar su dolor y el sufrimiento padecido, comprobamos que *aquellos polvos trajeron estos lodos*: ignorancia e indiferencia.

Pocas cosas hay más nocivas para la salud mental de una comunidad que el lodo pegajoso de la ignorancia sobre su historia pasada, que a su vez produce una fría indiferencia hacia sus antepasados, incluso los más cercanos. En algunos países se sigue trabajando contra la desmemoria para recobrar, no lodos, sino frutos: derechos y libertades. Pero, sobre todo, para restaurar las subjetividades heridas, maltrechas, de los vivos a través del reconocimiento de sus muertos y desaparecidos, para realizar, así, la necesaria elaboración de los duelos.

Los duelos no cerrados son como hemorragias abiertas. Los duelos no elaborados por una generación tienen consecuencias en las siguientes. Pensemos, sólo a modo de ejemplo, en la vida emocional de un niño cuya madre se halla embargada por una gran

desesperación. (Las mujeres que acababan de ser madres cuando estalló la guerra, y se quedaron solas a cargo de las criaturas, de los mayores y de los enfermos, sin marido, sin trabajo, sin recursos, amenazadas y perseguidas por sus ideas.) O imaginemos la vida de una joven pareja, cuya vida en común se ha quebrado nada más comenzar el proyecto de ilusión compartida; sus hijos también quedarán desprovistos de vitalidad e ilusión por el futuro.

Pero hay maneras de no quedar atrapados en el lodo. Miguel Núñez (2006) lo dice así: *“Una de las cosas que me correspondió hacer, una de las más terribles, y yo no era psiquiatra, aunque debería haberlo sido, era escuchar a los que llegaban condenados, para saber por qué los habían detenido y hablar con ellos sobre la odisea posterior hasta llegar al penal de Burgos. Aquello era revivir las tragedias que habían sufrido cada uno de ellos. Eran tan terribles las cosas que contaban, que revivirlas era una nueva tragedia para ellos y para los que recibíamos sus confesiones”*.

Efectivamente, la escucha de M. Núñez ayudaba a los penados (¡nunca mejor dicho!) a sacarlos de su mortífero mutismo, ese silencio invasor que se apodera del humillado, maltratado, derrotado. Es una tarea ardua, terrible, poner palabras a la *angustia innombrable* y repasar las brechas de las heridas. Sin embargo, esa escucha, llena de interés y comprensión, podía darle al preso un puntal para recuperar algo de la confianza perdida en el ser humano. Porque sin confianza tampoco hay esperanza, y sin esperanza se hace muy difícil seguir viviendo.

Así que, cuando todo parece perdido, encontrar a alguien dispuesto a escuchar es encontrar a alguien en quien sostenerse, antes de entrar en el abismo del silencio y la confusión. Por lo que otro de los objetivos de este trabajo es escuchar a los testimonios, a los supervivientes, para deshacer los silencios, aunque sea enormemente doloroso y parezca a veces del todo imposible; es la única manera de no contribuir, en una *dialéctica colusiva*, a aumentar la ignorancia y la indiferencia de la que nos advierte Obradors.

6.- Sobre las consecuencias psíquicas de los duelos no resueltos

Durante la guerra y posguerra se produjeron múltiples pérdidas. A las de los seres queridos se sumaron las de las propias pertenencias –casa, enseres, puestos de trabajo, propiedades. Pero no menos importante fue la pérdida de lo conquistado durante la II República (derechos, educación, cultura) que la dictadura franquista liquidó de cuajo. También se fue perdiendo la confianza en el presente, y las expectativas de que en un futuro no demasiado lejano pudieran restaurarse las libertades perdidas y reparar el enorme sufrimiento producido. Fueron demasiados agujeros: a las heridas físicas y las mutilaciones diversas se sumaron los daños emocionales, que no suman sino multiplican. Al dolor, hubo que añadir el terror de que lo peor no había pasado, sino que estaba por venir. La segunda Guerra Mundial confirmó esos temores. Miles de personas fueron víctimas de la represión política, que sumió los hogares en el dolor y la desesperación, el hambre, *acompañada* de la ausencia de los que huyeron para salvar la vida.

¿Es posible ante tal desguace realizar el trabajo psíquico que todo duelo requiere?

Es muy difícil. Además, la guerra colocó a los individuos en los bordes, en la delicada frontera de optar entre la opción personal y la de la comunidad a la que pertenecían. La gran mayoría de los republicanos tuvieron que escoger entre huir e intentar salvar su propia vida, o quedarse y acompañar a los vencidos que no podían marchar, por ser demasiado mayores o por estar enfermos o presos. Estas encrucijadas personales contribuyeron a producir malos entendidos para unos y para otros. Las decisiones de huir o quedarse podían interpretarse como optar por una solución “egoísta” o “altruista”; entre recibir el juicio de la historia o el juicio de la familia, entre la supuesta “salvación” o el remordimiento por no haber estado con los suyos.

El silencio, el enorme silencio de la posguerra, no sólo ocultaba el sufrimiento evidente de la desolación por la magnitud de la(s) pérdida(s); también evidenciaba la dificultad para enfrentar esa terrible sensación de que haber hecho otra cosa hubiera resultado mejor para uno mismo o para los más queridos. Y esto sólo conlleva culpa, remordimiento y pesar.

Así, la guerra y la post-guerra se llevaron por delante parejas, hermanos, familias. Dividió alianzas, separó matrimonios, alejó a padres e hijos. Muchos creyeron que sus decisiones eran motivo de vergüenza, sin perdón posible. Entonces era mejor callar, ocultar, no mostrar más humillación que la que la derrota había infringido a la colectividad.

Otros, sin embargo, pudieron sobreponerse sin tanto remordimiento. Contaron con el apoyo de familiares, amigos, vecinos. Encontraron solidaridad y alianzas incluso donde no pensaron nunca que la encontrarían. Y algunos pudieron sobrepasar, sobrevivir a la “larga noche de la dictadura”, para poder ser testimonio de su sufrimiento a través de un proceso creativo: a través del relato, del artículo, de la novela, del poema. A través del cine, de la escultura, de la proyección artística. Éstas serían, en definitiva, las diferencias en la subjetividad de quienes no tuvieron la posibilidad de elaborar los duelos, por la magnitud de los mismos, y de los que sí pudieron hacerlo.

No es necesario decir, pero prefiero no obviarlo, que los testimonios que contaron con mayor fortaleza psíquica (“*entereza*”) no sucumbieron como sí lo hicieron quienes ya habían padecido anteriormente otras tragedias personales: bien porque en aquel entonces ya eran huérfanos de padre o madre, o porque estaban sufriendo el desarraigo de la emigración (interna), por ejemplo. Esa fortaleza psíquica de algunos ayudó a muchos otros a realizar la larga y penosa travesía de la dictadura, un enorme cementerio lleno de cadáveres sin enterrar, de mutilados, desaparecidos, exilados, fusilados y prisioneros en campos de concentración. Un país desierto, sin ilusiones, ni derechos, ni libertades ni esperanzas de cambio, durante más de tres décadas.

Así hablaba un testimonio de su dolor sin lágrimas: “*És més fàcil plorar de felicitat que plorar de pena. Plorar de pena costa molt, és una cosa molt tancada*”.

Las mujeres con hijos, en muchos casos, a pesar de encontrarse solas con las criaturas a su cargo, y sin medios para alimentarlos, encontraron razones y fuerza para continuar el día a día. Una mujer decía: “*Jo tenia tota la pena i tota l’angoixa, però tenia els meus fills, i amb poc em divertia*”.

La mayoría de los testimonios, por lo general, no han mostrado dificultades para hablar; aún así, manifiestan que no quieren recordar algunas cosas, y que no les gusta volver sobre ellas. Dicen: *“No es pot parlar del que vam passar”, “no vull recordar més la guerra”, “ara, en parlar del patiment, els records de la gana, fred i molta por, penso que no es pot perdonar mai”*.

Otros no pueden evitar el llanto, y dicen que precisamente es por ese llanto inevitable y desesperadamente invasor por lo que prefieren no adentrarse en los caminos del recuerdo. Algún testimonio dice, durante la entrevista, que se siente *“atabalada”*, o mareada. Otra dice que los recuerdos le hacen *“esgarrifar”*, que le cogía un calambre por todo el cuerpo. *“Són moments molt tristos els que queden; et fas gran i queden aquests records”*.

Vamos constatando, a través del análisis de las entrevistas con los testimonios, que un intenso impacto emocional resurge con enorme virulencia al volver a recordar las experiencias dolorosas pasadas. Y ninguno de ellos menciona haber recibido ayuda psicológica, a pesar de que todos dicen haber sufrido mucho.

El duelo es un trabajo psíquico complejo, largo y lento. Este trabajo psíquico incluye una serie de reacciones emocionales inevitables, pues quien lo sufre ha de enfrentar lo inaceptable e intentar aceptarlo: la pérdida del ser querido, la pérdida de los ideales o de las expectativas ansiadas, a fin de conseguir una readaptación del Yo frente a esta desagradable realidad.

Esta realidad de la ausencia del ser querido, o de los ideales y expectativas defraudadas, va triunfando ante la reiterada negación del que duela, y se va convirtiendo en una resignación paulatina. En este proceso se va sustrayendo el recuerdo de lo perdido, a través de un incesante trabajo de la memoria y de la vida onírica. Poco a poco, y de manera gradual, se vuelve a obtener confianza en los demás, y en valores e ideales que habían defraudado. Es, en definitiva, un sufrimiento que, sin embargo, puede hacerse productivo. Es decir, que en algunas ocasiones, ha podido incluso estimular las sublimaciones. Es el caso, como ya he mencionado, de quienes su trabajo de elaboración de los duelos les llevó a pintar, a escribir, o a realizar experiencias creadoras.

Pero en muchas otras ocasiones es tarea difícil realizar el trabajo de duelo, sobre todo cuando la magnitud de lo perdido implica prácticamente la totalidad de la existencia; y, además, porque lo perdido (sea persona o ideal) ha sido, en el pasado, fuente de placer y de gratificaciones personales y emocionales para el sujeto. Eso implica que sea muy doloroso —o se evite a toda costa—, el proceso de ir retirando los múltiples enlaces libidinales con lo perdido. Es lo que sucede cuando algunos testimonios nos han explicado que todavía sueñan con sus muertos como si todavía estuvieran vivos, o que mantienen vivo el recuerdo a través de sus objetos personales, de la lectura de sus cartas, etc.

En realidad no es de extrañar el estado de abatimiento general y apatía emocional de la población durante los primeros años de posguerra. Otra manifestación psicológica hubiera sido imposible.

7.- Sobre los efectos en la estructuración del psiquismo de los descendientes

En la actualidad hay interesantes investigaciones acerca de los efectos que los duelos no elaborados por las generaciones anteriores producen en las siguientes. Se puede observar, a través de los relatos de los pacientes, que lo que no pudo tramitarse, disolverse, en la generación afectada, aparece, de una u otra manera, en el psiquismo de sus hijos (S. Tisseron, 1995) y que se manifiesta a través de síntomas psíquicos, perturbaciones del carácter (H. Faimberg, 2006), o a través de enfermedades somáticas.

Para el psicoanálisis, psiquismo y memoria van de la mano. Cada persona es susceptible de ser modificada en lo más íntimo, en su subjetividad, a partir de las experiencias vividas, porque la experiencia nos modifica cada vez de alguna manera, y deja una huella mnémica.

Un testimonio comenta: *“Aquesta és l’ocasió que més he parlat de la guerra en 40 anys”*. Una persona de la tercera generación dice: *“Ara m’adono que els nostres pares han parlat molt poc de què va passar, i quan n’han parlat, el poc cas que els hem fet.”*

La cuestión que se nos plantea es: cuánto de lo experimentado, vivido y sufrido por la primera generación ha quedado no sólo sin elaborar, sino incluso enquistado, produciendo malestar psíquico, e incluso psicossomático, en ellos mismos y en sus descendientes. Si, como hemos planteado más arriba, la elaboración es necesaria para que un duelo pueda cerrarse, y para que la generación siguiente no reciba sus efectos, poder pensar en lo ocurrido sigue siendo imprescindible. Excepto cuando se da *“el terror de pensar »* (Suzanne Ginestet-Delbreil -1997).

Los comentarios de muchos testimonios de primera generación van en esta línea. Refiriéndose a los bombardeos, al éxodo y al hambre: *“No es pot parlar d’aquestes coses, són massa records dolents; és millor no oblidar que recordar, perquè és massa dolorós”*.

El campo de la transmisión ya lo trabajó Freud, en *“Tótem y Tabú”* (1912): *“Ninguna generació es capaç de disimular a las que le siguen los acontecimientos psíquicos significativos”*. En estos acontecimientos psíquicos significativos debemos tener en cuenta tanto los positivos, (que conforman los ideales, valores, identificaciones, modos de defensa, mitos), como los negativos, que vienen marcados por el sufrimiento psíquico, lo que no ha podido ser contenido emocionalmente o elaborado.

A este respecto podemos incluir algunas de las situaciones que explican los testimonios como especialmente dolorosas para ellos durante la guerra o la posguerra: situaciones de crueldad extrema padecida, la humillación, el sometimiento, la vergüenza de quienes no pudieron enfrentarse al pánico insuperable o a la angustia masiva, que les hicieron huir o esconderse. La propia conciencia moral les acompaña a través del tiempo, con remordimientos y autoacusaciones que, aunque puedan considerar incluso absurdas, no dejan de pulsar día y noche, a través de sueños angustiosos y de repetición.

“És millor no pensar, perquè si no se’t posa la sang negra”. *“Vam perdre el millor de la vida, la joventut i les il·lusions, la vam passar patint.”* *“Vaig plorar molt perquè vaig perdre molt, encara avui em fa mal”*.

Estas situaciones vividas, que alguno califica de “*martiri psicològic*”, por su naturaleza “*indecible*”, pueden escapar a todo trabajo de duelo, de elaboración y tramitación del pesar y la vergüenza sufridas. Estas emociones, sentimientos, pensamientos e imágenes pueden, entonces, quedar incrustadas en el Yo, a la manera de una inclusión, llamada por algunos autores represión conservadora, o como imágenes y fantasmas, en lo que Abraham y Torok, en su obra “La corteza y el núcleo” (1987) denominan una “cripta”.

También puede suceder que haya una fractura de los procesos simbólicos en la transmisión entre generaciones, como cuando la comunicación se caracteriza por una disociación entre los diversos canales; por ejemplo, si no hay congruencia entre el gesto y la palabra, entre el comentario y la actitud afectiva. Un testimonio de segunda generación decía: “*La meva mare mai no tenia gana, i només al cap de molts anys vaig entendre per què*”. O “*veia la cara angoixada de la meva mare que deia, no passa res, surt a jugar!*”

Estas situaciones de disociación en la comunicación, que generan sentimientos de extrañeza e incongruencia, suelen afectar al niño y llevarlo a producir por cuenta propia grandes errores de interpretación, que atacan sus posibilidades de pensar, aprender y comunicar.

En otras ocasiones puede haber una permanente e intensa culpabilización.: “*Va ser per culpa meva que van passar gana, que ella no va menjar, o que els meus pares es van posar malalts; només vaig ser una càrrega per a ells*”. Otros se siguen preguntando lo que sentirían sus madres en aquellas circunstancias.

Las personas de la segunda generación, aunque pudieron disfrutar de algunos juegos y diversiones durante la infancia de la guerra y posguerra, se preguntaron, en la precoz adolescencia, por el sufrimiento no detectado en sus padres, y por cuánto no dicho, no transmitido, no revelado de las atrocidades pasadas por ellos. En realidad no les atormentaban tanto los difuntos o desaparecidos, sino las lagunas dejadas en ellos por los secretos de los otros. Estas lagunas, o fantasmas para el psicoanálisis, no permanecen inactivos, como bien plantean Abraham y Torok, (1987):

“sino que obligan a un permanente trabajo psíquico para permanecer encriptados, actuando a veces por lo negativo, sustrayendo energía al sujeto, que aparece “desvitalizado”, y otras veces, cuando las paredes de la cripta se resquebrajan, pueden manifestarse como obsesiones, fobias, afecciones psicósomáticas. Y cuando se apoderan de la mayor parte del yo del sujeto, aparecerán los delirios”.

8.- Algunas conclusiones

Lo que en este trabajo queremos resaltar es que los miembros de cada generación deben realizar los duelos correspondientes, pues en caso contrario lo que en la primera generación no se habla –**indecible**–, cuando se transmite a la siguiente se convierte en **innombrable**, lo que implica que no tiene representación simbólica; es puro afecto en bruto, diríamos. Por último, en la tercera generación pasa a ser **impensable**. Estas contribuciones de S. Tisseron en su obra “El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma” (1995) nos han ayudado mucho a entender algunos síntomas y patologías de pacientes que son portadores de duelos y traumas no elaborados de sus padres o abuelos.

Pensemos en todo lo que callaron los que vivieron las atrocidades de la guerra, y las angustiosas penurias de la posguerra. Sus hijos “ignoraban” de viva voz aquellos pesares, sin embargo sus padres transmitían su pesar *de alguna otra manera*.

“Todo lo que promueva el desarrollo de la cultura trabaja también contra la guerra”.
S. Freud (1932)

El desarrollo de la cultura es siempre luchar contra la guerra, y promover la cultura implica recuperar la historia y la memoria. Por eso nos interesa tanto seguir investigando la subjetividad de los protagonistas de aquellos terribles acontecimientos, los relatos rescatados de su memoria, pues significa construir algo de lo destruido y reconstruir algo de lo olvidado. Los que podemos hablar y pensar sobre todo ello evidentemente tenemos una deuda, que llamamos *“deuda histórica”*.

Estamos recordando, recuperando nuestra historia vivida y percibida desde la subjetividad de cada uno, para entender mejor la realidad de lo que fue, y para seguir restaurando algo de lo dañado. También, para evitar repetir.

Seguramente, más que olvido hay todavía una fuerte inhibición, a veces paralizante. Mucho de lo ocurrido, incluso los acontecimientos más atroces, los hemos *sabido* siempre, pero hasta hace poco no se le ha dado el cauce de la difusión social y de la transmisión transgeneracional. Una transmisión absolutamente imprescindible para no quedar en otro desierto simbólico. Por todo ello, nos sentimos comprometidos para evitar que las palabras de Jacoby (1977) se hagan realidad.

“La sociedad recuerda cada vez menos cosas y olvida cada vez más deprisa. Los problemas, una vez examinados, desaparecen de la vista y de la mente para volver a salir más tarde a la superficie como si fueran novedades”. Russell Jacoby (1977)

Barcelona, julio 2010.

ⁱ Este artículo está basado en la exposición realizada en la Mesa Redonda de la Jornada *“Trauma i Transmissió: efectes en la subjectivitat dels ciutadans de Catalunya de la guerra del 36”*, organizada por la Fundació Congrés Català de Salut Mental, en noviembre de 2007, en el Museu d’Història de Catalunya, Barcelona. También se recoge en el texto el análisis de entrevistas escritas a testimonios de la Guerra Civil, trabajo de investigación enmarcado en el Grupo de Trabajo *“Trauma psíquic i transmissió”*, coordinado por T. Morandi y A. Miñarro. Ha sido parcialmente publicado en *Quaderns de Salut Mental*, núm. 5, de la Fundació Congrés Català de Salut Mental. Barcelona 2009. En la recopilación y análisis de los datos participaron Paloma Azpilicueta, Regina Bayo-Borràs, Blanca Feldman, Dolors Galbany, Joana Hernández, Marta Pérez Borràs y Margarita Sentís.

BIBLIOGRAFIA

- ABRAHAM Y TOROK (1987): *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu editores. 2005.
- ARMENGOU, M. “*El periodismo de investigación como arma de recuperación de la memoria histórica*”, en “*Memoria, Silenci i Salut Mental. La guerra del 36*”. Págs. 55-67. Quaderns de Salut Mental nº 4, FCCSM, Barcelona. 2006.
- FAIMBERG, H.: *El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu editores. 2006.
- FOLCH MATEU, P.: Artículo sin título, en “*Memoria, Silenci i Salut mental. La guerra del 36*”. Págs. 29-32. Ed. Quaderns de Salut Mental nº 4. F.C.C.S.M. Barcelona. 2006.
- FREUD, S. (1912): *Tótem y Tabú*, Obras Completas (OC). Vol. XIII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
_____ (1932): *¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)*. O.C. Vol. XXII.
- GINESTET-DELBREIL, SUZANNE (1997): *La terreur de penser. Sur les effets transgénérationnels du trauma*. Editions DIABASE. Collection Entendre l'Archaïque. 1997. (2ª edition)
- JACOBY, RUSSELL (1977): *La amnesia social*. Barcelona: Editorial Bosch. 1977
- MOISE, CECILIA (1998): *Prevención y Psicoanálisis. Propuestas en Salud Comunitaria*. Buenos Aires: Editorial Paidós. 1998.
- NÚÑEZ, M.: Artículo sin título. En *Memoria, Silenci i Salut Mental. La guerra del 36*. Págs. 40-44. Quaderns de Salut Mental nº 4. Barcelona: Edita FCCSM. 2006.
- OBRADORS, S.: “*Els oblidats tenen la paraula*”, en *Memoria, Silenci i Salut Mental. La guerra del 36*. Págs. 38-39. Ed. Quaderns de Salut Mental, nº 4. Barcelona: Edita FCCSM. 2006.
- TISSERON, S., TOROK, M., RAND, N., NACHIN, C., HACHET, P., ROUCHY, J.C. (1995): *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires: Amorrortu editores. 1997.